

El lenguaje de las balas.

Una aproximación a la guerra de guerrillas en Brasil y Uruguay desde Carl Schmitt

Esteban Campos
(Universidad de Buenos Aires / CONICET)

Resumen:

¿Por qué la “nueva izquierda” latinoamericana tiende a ver los enfrentamientos sociales como una guerra? En el artículo se aplican categorías de la filosofía política de Carl Schmitt al análisis de procesos históricos, en particular su concepto de lo político como guerra y la teoría del partisano. Como fuente usamos a la revista *Cristianismo y Revolución* (C & R), medio de comunicación militante publicado entre 1966 y 1971 en Argentina, que sería la escuela de organizaciones armadas como Montoneros. Al concebir C & R a América Latina como un territorio unitario donde las guerrillas eran un destacamento avanzado de la revolución mundial, estudiar la ideología de la lucha armada en esta región conduce inevitablemente al problema de la guerra como categoría nodriza de los proyectos revolucionarios. La hipótesis de trabajo plantea que la omnipresencia de la guerra en el discurso de C & R es una fantasía que estructura el deseo revolucionario a priori, movilizándolo la acción política en dirección a la lucha armada. Para demostrar esta afirmación analizamos comunicados e informes en la revista del Ejército de Liberación Nacional de Bolivia, la guerrilla de Carlos Marighella en Brasil y el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros de Uruguay.

Palabras clave: guerra – política – guerrilla – partisano - fantasía

“No existen más que dos especies humanas, con el odio por único vínculo. La que aplasta y la que no consiente en ser aplastada. Jamás hubo un tratado de paz, solamente está la guerra”

Paul Nizan

¿De donde proviene la tendencia a concebir como guerra a los procesos de enfrentamientos sociales en la ideología de la “nueva izquierda” latinoamericana? Con esta pregunta nos aproximamos a un problema teórico-metodológico, que es la aplicación de categorías provenientes de la filosofía política al análisis de los procesos históricos, en particular los conceptos de guerra, política y la teoría del partisano en Carl Schmitt. El documento elegido para materializar este objeto es la revista *Cristianismo y Revolución* (C & R), un medio de comunicación militante publicado entre 1966 y 1971 por el ex seminarista Juan García Elorrio en Argentina. El staff editorial de C & R militaba en el Comando Camilo Torres, una red de agrupaciones que serían la escuela de organizaciones políticas como Montoneros y el Peronismo de Base. Al concebir C & R a América Latina como un territorio unitario donde las guerrillas eran un destacamento avanzado de la revolución mundial, estudiar la ideología de la lucha armada en esta región conduce inevitablemente al problema de la guerra como categoría nodriza de los proyectos revolucionarios.

La hipótesis de trabajo plantea que la omnipresencia de la guerra en el discurso de C & R, es la puesta en escena de una fantasía que estructura el deseo revolucionario a priori, movilizándolo la acción política de agitación y propaganda en dirección a la lucha armada. En las páginas que siguen, pondremos a prueba esta afirmación analizando tres casos que reflejan como las categorías bélicas atraviesan una parte significativa del discurso político-ideológico en C & R: dos comunicados del Ejército de Liberación Nacional de Bolivia (ELN), un informe de la revista sobre la guerrilla fundada por Carlos Marighella en Brasil y el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros de Uruguay. Si el denominador común que unifica a los diferentes artículos son las representaciones bélicas, es secundario dilucidar si hubo guerra o no en términos empíricos. Una vez más, el problema es por qué varios protagonistas de esta historia entendieron el conflicto en términos de guerra civil, en particular como estructuraron su práctica política y su vida social según el *ethos* y el *pathos* de la guerrilla¹. La teoría política de Carl Schmitt aporta un vocabulario afín para el análisis de la ideología guerrillera de los años 60: categorías como *guerra*, *política*, *enemistad* y en especial su *teoría del partisano* nos permitirán hacer las preguntas correctas para comprender que lugar ocupó la guerra en el imaginario político de C & R. Como exponente singular del pensamiento moderno conservador, Schmitt afirma que el fundamento del derecho no reside en un conjunto de normas positivas, sino en la voluntad política que engendra la decisión (o dicho en otras palabras, en el principio de autoridad que fuerza una elección). El decisionismo va a encontrar un criterio para definir lo político que no se agota en la forma estatal:

*"La específica distinción política a la cual es posible referir las acciones y los motivos políticos es la distinción de amigo (Freund) y enemigo (Feind). Ella ofrece una definición conceptual, es decir un criterio, no una definición exhaustiva o una explicación del contenido. En la medida en que no se deriva de otros criterios, ella corresponde, para la política, a los criterios relativamente autónomos de las otras contraposiciones: bueno y malo para la moral, bello y feo para la estética y así sucesivamente. En todo caso es autónoma, no en el sentido de que constituye un nuevo sector concreto particular, sino en el sentido de que no está fundada ni sobre una ni sobre algunas de las otras antítesis, ni es reductible a ellas."*²

Desde la distinción amigo-enemigo podemos concebir la política y la identidad en términos radicalmente antagónicos y relacionales, más allá del contenido específico de una situación (de guerra o de paz, de enfrentamiento de clases o hegemonía). Antes bien, el concepto subraya las *condiciones antagónicas* que determinan cualquier situación específica, señalando el *grado de intensidad* de una relación social como criterio para diferenciar lo político de otro tipo de asociaciones (religiosas, étnicas, económicas, jurídicas, etc.). Ahora bien, ¿Quién es el enemigo? ¿Que relación tiene con el otro término de

la diada? Unas líneas más abajo, el autor desarrolla su argumentación concibiendo la *hostilidad* o enemistad como una categoría que puede traducirse en términos sociológicos, más allá del formalismo puramente filosófico o jurídico:

*"El enemigo es simplemente el otro, el extranjero (der fremde) y basta a su esencia que sea existencialmente, en un sentido particularmente intensivo, algo otro o extranjero, de modo que, en el caso extremo sean posibles con él conflictos que no puedan ser decididos ni a través de un sistema de normas ni mediante la intervención de un tercero 'descomprometido' y por eso 'imparcial' (...) Enemigo no es el competidor o el adversario en general. Enemigo no es siquiera el adversario privado que nos odia debido a sentimientos de antipatía. Enemigo es sólo un conjunto de hombres **que combate**, al menos virtualmente, o sea sobre una posibilidad real, y que se contrapone a otro agrupamiento humano del mismo genero. Enemigo es sólo el enemigo **público**, puesto que todo lo que se refiere a semejante agrupamiento, y en particular a un pueblo integro, deviene por ello mismo **público**. El enemigo es el hostis no el inimicus en sentido amplio..."* (los subrayados figuran en cursiva en el original)³.

Queda claro entonces que la enemistad no es cualquier relación de oposición real ni puede reducirse a una contradicción lógica. La raíz del antagonismo propiamente político depende del vínculo entre grupos sociales que *luchan* entre sí, o cuya situación es el resultado inmediato del enfrentamiento (de allí que la paz sea concebida como un *continuum* de la hostilidad, y que las formas más intensas de lo político sean la guerra y la revolución)⁴. Por otro lado, el contenido existencial del término implica que la identidad de los actores políticos surge mediante la negación del Otro, en la medida que la relación de enemistad niega mi existencia (la amenaza que pende sobre mi vida y me limita como ser), pero al mismo tiempo constituye mi esencia (el ser que surge del combate). El principio formal de lo político se realiza cuando la enemistad contamina cualquier contenido particular de carácter religioso, laboral, estético, etc. Llegados a este punto, observamos que en Schmitt no hay una relación inmediata entre "lo político" atravesado por la enemistad, y las múltiples dimensiones de lo social. Es por esta razón que cuando se explica el sentido existencial y empírico que sirve como fundamento del concepto, se oculta exactamente lo contrario: para pensar la política como guerra es preciso recurrir a la mediación de la metáfora, y el desplazamiento de sentido que realiza el autor permite fetichizar el antagonismo *social* en un conflicto bélico⁵. Esta operación la vemos en el "lenguaje de las balas" que asumirán el ELN en Bolivia, Carlos Marighella en Brasil y los Tupamaros en Uruguay.

1. Tras los pasos perdidos del Che.

“La guerra nos revolucionó. No hay experiencia más profunda para un revolucionario que el acto de la guerra; no el hecho aislado de matar, ni de portar un fusil o el de establecer una lucha de tal o cual tipo, es el total del hecho guerrero, el saber que un hombre armado vale como unidad combatiente, y vale igual que cualquier hombre armado, y puede ya no temerle a otros hombres armados”

Carta del Che Guevara a Ernesto Sábato (1960)

A mediados de la década de 1960, Bolivia ya conocía la revolución. En 1952, una insurrección popular había colocado en el poder al Movimiento Nacionalista Revolucionario de Víctor Paz Estensoro, fruto de una coyuntural y frágil alianza de clases entre el campesinado indígena excluido por el avance del latifundio, el proletariado minero y las capas medias urbanas. Jaqueado por la Confederación Obrera Boliviana y por los sindicatos rurales, el MNR nacionalizó las minas de estaño y procedió a la reforma agraria. El movimiento obrero ocupó las minas y puso en práctica el control obrero de la producción, de manera semejante a lo que ocurría en el campo con la toma de latifundios por parte de las comunidades indígenas⁶. La lucha armada tampoco era desconocida; en los tres días que duró la insurrección se asaltaron cuarteles militares para aprovisionarse de armamento, y tras la disolución del ejército profesional los mineros organizaron sus propias milicias. El declive del movimiento obrero a causa del estado de sitio, y el éxito de la represión militar a las autodefensas armadas de los campamentos mineros en 1965, parecían mostrar los límites de la huelga y de las milicias obreras como formas de lucha y organización emergentes de la insurrección armada. Hacia noviembre de 1966, Ernesto Guevara entró de incógnito en Bolivia bajo la identidad falsa del economista uruguayo Adolfo Mena González. El 9 de octubre de 1967 era asesinado en La Higuera, y con el moría la tentativa de instalar un foco rural entre Cochabamba y Santa Cruz, plataforma de operaciones que podía servir de enlace para el desarrollo de la guerra de guerrillas en el altiplano boliviano, pero también como experiencia previa a la formación de un ejército popular capaz de desplegarse por las extremidades andinas. La tardía noticia de que el *Che* estaba combatiendo en Bolivia galvanizó la militancia en varios puntos de América Latina, especialmente en el sur, donde se organizaron varios grupos de apoyo a la guerrilla en Argentina, Chile y Perú.

Como demuestra Gustavo Rodríguez Ostría en *Teoponte. La otra guerrilla guevarista en Bolivia*, el ciclo del foquismo en ese país no se cerró con la muerte de Guevara. Por el contrario, desde su aparición oficial el 23 de marzo de 1967, el Ejército de Liberación Nacional animado por los hermanos Coco, Inti y Chato Peredo se reorganizó tras el descalabro de 1967, y fue nutrido una vez más por combatientes de origen cubano, argentino, chileno y boliviano. De las primeras acciones militares realizadas por la

guerrilla del *Che* en Ñancahuazú, a la caída del núcleo armado de Teoponte en noviembre de 1970, median tres años de una experiencia política que unió a militantes comunistas, socialistas, trotskistas, maoístas, cristianos e independientes⁷. Si bien los integrantes de *C & R* encuadrados en el Comando Camilo Torres no formaron parte de estos grupos de apoyo, en el número 5 de noviembre de 1967 publicaron el primer manifiesto del ELN. En el número 9 se difundió *Volveremos a las montañas*, una entrevista concedida por Inti Peredo al diario *La Paz* hacia julio de 1968, en plena etapa de recomposición y balance político de la guerrilla boliviana. La estructura del manifiesto de abril de 1967 es sencilla, pero engañosa: si los integrantes del ELN eran “perfectamente foquistas, iluminados hasta lo más íntimo por las enseñanzas de *Che*”, se supone que el primer comunicado comenzaría describiendo las condiciones objetivas que permiten el desarrollo de la lucha armada en Bolivia, para pasar rápidamente a los factores subjetivos (de organización y conciencia) necesarios para el surgimiento de un núcleo guerrillero como embrión del ejército popular⁸:

*"Larga es la historia de penurias y sufrimientos que ha soportado y soporta nuestro pueblo. Son cientos de años que corren ininterrumpidamente raudales de sangre. Miles suman las madres, esposas, hijos y hermanas que han vertido ríos de lágrimas. Miles son los heroicos patriotas cuyas vidas han sido segadas. Los hombres de esta tierra hemos vivido como extraños; más derechos tiene cualquier imperialista yanqui, en el territorio nacional que llama sus 'concesiones'. El puede destruir, arrasar e incendiar viviendas, sembradíos y bienes de bolivianos. Nuestras tierras no nos pertenecen; nuestras riquezas naturales han servido y sirven para enriquecer a extraños y dejarnos tan sólo vacíos, socavones y profundas cavernas en los pulmones de los bolivianos".*⁹

Sin embargo, aquí el análisis de las condiciones objetivas se confunde con la descripción del estado subjetivo de sufrimiento y negación del pueblo boliviano. Si el ELN era una organización “de pocas palabras”, la arenga que atraviesa el manifiesto no es simplemente el reflejo de la pobreza teórica o la falta de programa: desde el punto de vista de la guerrilla, es el formato retórico más apto para crear un sujeto de combate¹⁰. En este subgénero discursivo, la enemistad es un asunto de vida o muerte, y del mismo modo que ocurre con la *díada* amigo-enemigo empleada por Carl Schmitt, tiene la capacidad de constituir identidades políticas relacionales que parten del antagonismo. En primer lugar, notamos que el enfoque sobre la subjetividad del pueblo boliviano parte de una carencia: aquello que bautizamos con cierta imprudencia como identidad, nace escindido de la negación y la alienación, dado que “*Los hombres de esta tierra hemos vivido como extraños; más derechos tiene cualquier imperialista yanqui...*”. El enemigo hace sentir a los bolivianos como extranjeros en su propia tierra, incendian, destruyen y matan, pero en ese mismo acto de negación se nomina retroactiva y políticamente al sujeto vindicador. En otras palabras, el imperialismo amenaza la conservación de la vida, pero la enemistad absoluta es un extremo que permite la

política revolucionaria entendida como guerra, allí donde los demás gestos políticos fueron silenciados¹¹. El problema que tiene el comunicado para contribuir a demostrar nuestra hipótesis es que no aparece la palabra guerra, aunque el discurso se construye “en contra de” el imperialismo norteamericano y sus socios locales. Sin embargo, el tono reivindicativo y trágico prepara el terreno para la emergencia de las acciones armadas y justifica del escenario bélico: en *Volveremos a las montañas* aparece la guerra como objeto del discurso del ELN, una explicación de las actividades guerrilleras, y un intento de esbozar un cuadro de las diferencias políticas que agitaban a la izquierda boliviana desde el advenimiento del Che:

"El pueblo y sólo el pueblo será el encargado de dar el título de vanguardia a quienes lo conduzcan a su liberación. El sectarismo de los 'vanguardistas' se traduce en la exigencia de subordinar la dirección de la guerrilla a la dirección política. Habría que preguntarse: ¿a la dirección política de quien? ¿Se trata de dividir la lucha en armada y pacífica subordinando la forma de lucha armada a la pacífica? ¿O es que se pretende utilizar la lucha armada como simple instrumento de presión para la 'lucha política' en las ciudades? ¿Por qué no pensar más bien en la dirección única político-militar, considerando que en situación de guerra, como lo es la guerra de guerrillas los cuadros revolucionarios más capacitados y más aptos deben atender el problema de la guerra?"¹²

Aquí aparece una referencia muy clara al problema de la vanguardia, que se remonta a la coyuntura de 1967, cuando el Che llega a Bolivia y se desata el primer conflicto con el PCB (Guevara reclamaba la jefatura de la guerrilla, desairando al enviado que el partido quería designar como comandante). Como parte de una formación discursiva, la ilusión de inmanencia que funde a la vanguardia con el pueblo saltea la mediación partidaria, justificando la unificación de los mandos políticos y militares con un argumento similar al de Régis Debray en *¿Revolución en la revolución?*¹³ La pregunta que ultima el párrafo condiciona la totalidad del pasaje: el conflicto bélico es preformativo de lo político, y crea las condiciones subjetivas de la revolución con una tautología. Las acciones de la guerrilla implican una situación de guerra a modo de prólogo, y aquella modalidad de enfrentamiento social exige la militarización de los cuadros revolucionarios, que se convierten en guerrilleros¹⁴.

2. Del foco rural a la guerrilla urbana

“Hoy ser asaltante o terrorista es una condición que ennoblece a cualquier hombre honrado, pues significa exactamente la actitud digna del revolucionario que lucha a mano armada contra la vergonzosa dictadura militar y sus monstruosidades”

Carlos Marighella, *Minimanual del guerrillero urbano* (1969).

A diferencia de lo ocurrido con Bolivia, en Argentina, Uruguay y Brasil se desarrollarían formas de lucha armada con epicentro en las ciudades. En *Guerra de guerrillas*, el Che pensaba las operaciones militares en los bosques de cemento como la última etapa del foco. Esta posibilidad surge en casos donde la insurrección general ya se encuentra avanzada y del control territorial en la zona liberada rural, la guerrilla “llega al acoso de las ciudades”, destacando pequeños comandos para realizar actos de sabotaje (tumbar postes telefónicos, inutilizar centrales eléctricas, etc.). A pesar de que Guevara critica la subestimación de la lucha armada en las ciudades, afirma categóricamente que “nunca puede surgir por sí misma una guerrilla suburbana”¹⁵. Sin embargo, la propia muerte del Che en Bolivia obliga a revisar algunos aspectos de su estrategia: tanto en la guerrilla de Teoponte como en otros núcleos latinoamericanos, se observa un proceso de “nacionalización” que modifica su perspectiva continental de la lucha armada¹⁶. Que la totalidad de la teoría del foco no es puesta en discusión, puede demostrarse a través de los testimonios de ex militantes de *C & R*. Como recuerda Marita:

“Cuando lo matan al Che, nosotros formábamos parte...Miguel Mascialino coordinaba un grupo de estudios de Teilhard de Chardin en la casa de María Rosa Oliver. María Rosa Oliver era el contacto más directo con el Che, y ella es la que tiene la confirmación...me acuerdo como si fuera hoy viéndola en su silla de ruedas que se pone a llorar cuando nosotros llegamos y dice “me acaban de confirmar, lo han matado a Ernesto”. A partir de eso evidentemente cambiaban todos los tantos, y se empieza a perfilar toda esta cuestión que también influye mucho Los condenados de la tierra de Fanon, la batalla de Argelia, es decir toda la estrategia vietnamita y argelina que se refiere a la guerrilla urbana...entonces el rediseño, la redefinición de ese foquismo rural se va a una guerrilla urbana. Sin rever todavía el foquismo –porque el foquismo en realidad yo lo reviso con otros compañeros cuando nos separamos de Juan García Elorrio en el año 70”¹⁷.

La revisión del foquismo remarcó la fragilidad de los aspectos tácticos antes que los problemas de la propia estrategia. Dicho en otras palabras, la caída del Che se habría producido o bien a causa de factores subjetivos y exteriores a la propia guerrilla (la traición del PCB) o a lo sumo por una falla técnica (equivocación en definir correctamente el teatro de operaciones). El surgimiento de la guerrilla urbana modifica sensiblemente la subjetividad guerrillera construida en los primeros números, algo que puede verificarse en el nivel de las representaciones simbólicas. Para desarrollar este problema específico

utilizaremos la “teoría del partisano” de Carl Schmitt. En su obra madura de 1962, el pensador alemán trata de explicar las nuevas formas de legalidad y legitimidad que surgen en la era de la guerra total, explicando que el *partisanen krieg* (guerrillero en castellano) es un síntoma de la crisis del Estado de derecho. Inmovilizadas para la guerra regular por la amenaza nuclear, las grandes potencias de la guerra fría van a ser relevadas de la política -entendida como enemistad absoluta o existencial- por el partisano, que se convierte en el político por excelencia. Hay cuatro rasgos que definen al partisano: 1) es un combatiente *irregular*, sin uniforme y con autonomía táctica para operar individualmente o en grupos pequeños. 2) actúa dentro de una formación política con un *compromiso “total”* (es decir, con un tipo de vínculo absoluto que subsume todas las dimensiones de la vida humana, subordinando la vida del otro no a la legalidad exterior del Estado, sino al total legítimo del ideal partisano). 3) la *movilidad* y sorpresa son signos distintivos del partisano, aunque exista una tendencia a su regularización (al decir del Che, cuando la guerrilla pasa de los ataques veloces y furtivos a la guerra de posición en trincheras y zonas liberadas, conduciendo tanques, etc.) y 4) El carácter *telúrico*. El guerrillero defiende su tierra, y según Schmitt, deforma su naturaleza cuando se apropia de una ideología de agresividad absoluta y tecnificada o anhela una revolución mundial¹⁸. En lo que sigue vamos a ver como el ejemplo de Brasil y Uruguay sirven para validar o refutar esta particular sociología política de la guerra.

a) Irregularidad/regularidad.

El ejemplo de la lucha armada en Brasil ofrece un relieve singular para el análisis comparativo. A diferencia de Bolivia o Argentina, las principales organizaciones político-militares se desarrollaron a partir de núcleos con amplia experiencia en el Partido Comunista local. Las huellas de este cordón umbilical (orgánico o por adopción ideológica) seguirán presentes en las posiciones políticas adoptadas por la Alianza Libertadora Nacional de Carlos Marighella, o la Vanguardia Popular Revolucionaria de Carlos Lamarca. La trayectoria de este ex capitán del ejército se relaciona con la experiencia histórica de un sector de militares nacionalistas, que se identificaron con la izquierda revolucionaria en Brasil. El antecedente más conocido es el de Luis Carlos Prestes, dirigente del movimiento cívico-militar que inició una “larga marcha” en 1924 por Río Grande do Sul, Foz do Iguazú y el Estado de Paraná, más tarde con una importante trayectoria en las filas del Partido Comunista. Mientras duró la estrategia de “clase contra clase” difundida por el Komintern, el comunismo brasileño participó en la insurrección constitucionalista de 1932, y protagonizó otro levantamiento en 1935, ambos fallidos. Lamarca, era un oficial de origen obrero, tirador experto seleccionado como asesor de seguridad bancaria en 1969, y pocos días después implicado en el asalto al banco Itaú y Mercantil, tras escapar de su unidad militar con pertrechos varios.

Desde 1962 recibía propaganda clandestina del PC, estudiaba marxismo y tenía la convicción de que la lucha armada era la única vía para hacer la revolución en Brasil¹⁹.

Nacido en Salvador de Bahía hacia 1911, Carlos Marighella inició su militancia en el movimiento estudiantil a los 23 años, en las filas del PCB. Conoció la cárcel en dos oportunidades: mientras Getulio Vargas ejercía su segunda presidencia constitucional, en 1936, y durante la fase corporativa del *Estado Novo* hacia 1939, organizando cursos de alfabetización y charlas para los presos. Una vez derrocado Vargas en 1945, fue liberado y elegido diputado un año después por el Estado de Bahía, hasta que el partido fue nuevamente puesto fuera de la ley en 1948. Con la revolución cubana, la ruptura de una fracción maoísta que se separa del partido en 1962, el apoyo del PCB al gobierno de Joao Goulart y el golpe militar de Castelo Branco dos años después, podemos ver un Marighella cada vez más incómodo en la estructura partidaria: miembro del Comité Ejecutivo, pero defensor de la acción directa en franca oposición al conjunto de la dirección comunista. En 1965 escribe *Por que resistí a la prisión*, donde apoya la estrategia de frente democrático del PCB, pero ya critica la línea oficial de asignarle un papel dirigente a la burguesía nacional. Entre 1966 y 1967 permaneció en Cuba para asistir al Congreso de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) sin autorización de su partido, y a su regreso fundó la ALN ya separado del PCB, junto a Joaquín Cámara Ferreira²⁰. La organización se abocó en un principio a erigir la estructura clandestina del aparato militar, a través de operaciones de acumulación financiera y logística. Si bien en un principio el concepto de guerra revolucionaria se encuentra asociado a la “perturbación de la red bancaria brasileña”, estas acciones militares cobran una dimensión política como parte de una estrategia de largo plazo:

*"La guerra revolucionaria que estamos haciendo es una guerra prolongada, que exige la participación de todos. Es una lucha feroz contra el imperialismo norteamericano y contra la dictadura militar brasileña, que funciona como agencia de los Estados Unidos dentro de nuestra propia patria (...) Debemos aumentar gradualmente los disturbios de la guerrilla urbana, con una secuencia interminable de acciones imprevisibles, de tal modo que las tropas de la dictadura no puedan dejar el área urbana sin riesgo de desguarnecer las ciudades. Son estas circunstancias desastrosas para la dictadura militar las que permitirán desencadenar la guerra rural, en medio del incremento incontrolable de la rebelión urbana"*²¹

Si bien la primacía de esta lógica operacional en la construcción política es un elemento recurrente en la historia de los Tupamaros, las diferencias estratégicas saltan a la vista: a diferencia de la guerrilla uruguaya, en ALN la predicada complementariedad entre guerrilla urbana y guerrilla rural acentuaba la importancia de esta última, por lo menos en el nivel de las declaraciones programáticas. Una vez superada

la etapa de conseguir armas y dinero para financiar y templar la guerrilla en la selva urbana, Marighella declaraba en la toma de la Radio Nacional de Sao Paulo a 1969 como “el año de la guerrilla rural”. El mapa de Brasil estaba atravesado por enormes franjas verdes, y el país contaba con una masa de trabajadores marginados sin tierra, aislados por pésimas vías de comunicación, con una historia de resistencia y autonomía frente al Estado que se remontaba a los *quilombos* o comunidades de esclavos fugitivos. Ahora bien, ¿que tipo de guerra es la que está librando, si para Marighella es “un hecho reconocido hasta por las propias autoridades”? Aquí entran en tensión los elementos de regularidad e irregularidad a los que hacía referencia Carl Schmitt, como se nota en las propias palabras de Lamarca:

*“Téngase presente que al hablar sobre el punto de vista militar, no me estoy refiriendo al **convencionalismo militar** y sí al concepto militar de la guerrilla como forma de lucha y estrategia no convencionales, donde el factor decisivo es político-revolucionario; una estrategia global contra el imperialismo de los Estados Unidos y la utilización del hombre revolucionario, del hombre de convicción revolucionaria, que tiene fe ciega en las masas y en su capacidad de lucha (...) En el campo construiremos la primera columna guerrillera, alternativa al poder de las clases dominantes, embrión del futuro Ejército Popular. Construir ese Ejército, en el Brasil, no significa entretanto solamente la columna guerrillera, sino crear guerrillas irregulares en todos los puntos del país. Significa aún efectuar un trabajo político-militar **junto a las masas** principalmente **junto a la clase obrera**”²².*

El dirigente de la organización *Var-Palmares* (en homenaje al célebre *quilombo* del siglo XIX) pone énfasis en el trabajo de masas, tocando un punto nodal del debate político entre la ortodoxia del PCB y las heterodoxas organizaciones armadas: el problema de la concepción militarista del foco como cuña entre la vanguardia política y el sujeto revolucionario. Aquí no hay confusión posible entre guerrilla y ejército popular: mientras el ELN de Bolivia ya se bautiza como ejército -aún cuando Inti Peredo admite que no superó la primera fase de supervivencia- el grupo de Lamarca incluye la guerrilla como etapa (irregular) en la conformación de un ejército popular (regular). Aún cuando el “olor a guerra” penetra en los discursos de ambas organizaciones a través del concepto maoísta de guerra prolongada, es en la obsesión gradualista de la *Var-Palmares* donde constatamos la necesidad de cubrir un vacío, la ausencia de una guerra revolucionaria que no puede desatarse solamente a través de la suma aritmética de operaciones logísticas y de aprovisionamiento. En otras palabras, para entrar en la guerra popular no basta con cumplir las reglas del “convencionalismo militar” legal y formal, que oculta el antagonismo fundamental de la sociedad de clases. Para alcanzar el sublime objeto de la revolución socialista en Brasil, es necesario suturar esa distancia con el hombre nuevo, “*el hombre de convicción revolucionaria, que tiene fe ciega en las masas y en su capacidad de lucha*”. Si pensamos el problema con las categorías de Carl Schmitt, el

compromiso político *total* del partisano absorbe la formalidad legal, rompiendo con su *decisión* la anarquía que rige la (no) soberanía del Estado de derecho moderno²³.

b) Compromiso político y guerra total

Por el momento, la red conceptual del pensador alemán no ha sufrido mella alguna. Comprobamos una relación de equivalencia entre el compromiso político del partisano y su carácter irregular, aunque la evidencia empírica recogida hasta ahora no nos alcanza para inferir con claridad si alguno de los términos tiene se impone sobre el otro, si el compromiso político es lo que hace diferente al guerrillero, o si lo que define el compromiso político (revolucionario) como tal es el *ser guerrillero*. Nuevamente el discurso de las organizaciones armadas nos hace tropezar con una tautología. ¿Existe algún caso que rompa con este círculo vicioso? Si el compromiso político es *total* (posee un sistema de normas más allá de toda moral universal, ya que parte de una ética dicotómica basada en la relación amigo-enemigo) ¿la “criminalización del enemigo” y el terrorismo como emergente de una guerra total sin códigos es su consecuencia ulterior, tal como lo concibió Schmitt? En Uruguay, hacia 1965 surgía el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros a partir de la experiencia del *Coordinador*. Este órgano de enlace fue activado entre 1963 y 1965 por jóvenes militantes de izquierda influenciados por la revolución cubana, con el objetivo de apoyar las marchas de los cañeros sobre Montevideo. El MLN-T era una organización político-militar que había roto amarras con las formaciones políticas de la izquierda tradicional, a partir del núcleo originario compuesto por unos 50 militantes procedentes de experiencias diversas, por lo general fracciones disidentes de formaciones políticas mayores como el MIR (maoísta), el Partido Socialista, el MAC (Movimiento de Apoyo al Campesinado) y un sector de la UTAA (Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas), conducido por Raúl Sendic²⁴. A diferencia de la guerrilla “trasplantada” en Bolivia por el Che – armada con apoyo cubano, y formada por veteranos guerrilleros de la isla junto a los combatientes bolivianos, argentinos y chilenos- los Tupamaros habían surgido orgánicamente de la protesta social local, con un nombre que se remontaba a los gauchos de Artigas, desacreditados como *tupamaros* por las tropas coloniales y la elite montevideana. El fantasma de la rebelión indígena de Tupac Amaru durante las guerras de independencia, y el reparto de tierras encarado por el artiguismo con el Reglamento Provisorio constituían su mito fundacional y señalaban su linaje²⁵. La primera etapa de trabajo en 1966 se destinó a construir el aparato militar, que tenía una estructura piramidal dividida en células descentralizadas y compartimentadas, alimentada con asaltos a bancos, armerías y robos de uniformes. En diciembre de ese año, la organización sufrió un duro golpe a raíz del tiroteo con una patrulla policial, hecho que obligó el pase a la clandestinidad de varios militantes e hizo conocido al grupo en amplios sectores de la izquierda uruguaya.

Entre 1967 y 1970, los Tupamaros realizaron varias operaciones apelando a la estrategia de “propaganda armada”, fusión de la tradición anarquista con la experiencia vietnamita²⁶. Para Régis Debray, en cambio, la propaganda armada contra la invasión norteamericana implicaba condiciones históricas muy específicas, que no tenían equivalente en América Latina: el desarrollo de una guerra anticolonial en Indochina desde 1945, en la cual el Partido Comunista destacaba patrullas de propagandistas en las aldeas, con militantes que tomaban la palabra en las asambleas para reclutar combatientes, y una tradición de autodefensa en las áreas rurales. Por el contrario, en América Latina la “propaganda armada” difundía el mensaje revolucionario empleando la pedagogía de los hechos: en la ideología guerrillera, una acción armada exitosa desnudaba la corrupción, la debilidad y la esencia represiva de la oligarquía asociada al imperialismo. Esta era una manera espectacular de galvanizar las luchas sociales y radicalizar las formas de conciencia, aunque en la práctica la función más importante era dotar de mística y unidad a la propia organización. El objetivo de las acciones era golpear los nervios simbólicos del imperialismo y sus socios locales en Uruguay: se denunciaba la corrupción del sistema en primer lugar (con el asalto en 1969 de la Financiera *Monty*, los Tupamaros publican sus libros contables, que registraban negociados de la clase política o miembros de la oligarquía); por otro lado, la guerrilla explicitaba una ética política diferente con los “comandos del hambre”, que repartían el botín de asaltos a bancos y casinos en los *cantegriles* o villas de emergencia en Uruguay. Así, en sus primeros años de existencia, la propaganda armada parecía funcionar, en parte por la minuciosa preparación de las acciones, y a pesar de (o precisamente por) los tropiezos de la organización, ya que ambos factores aumentaban su popularidad, revelando el compromiso personal de los militantes. Para buena parte de la prensa nacional en estos años iniciales, los Tupamaros eran la encarnación oriental de *Robin Hood*, mientras que la “pedagogía del ejemplo” predicada con tanta pasión por el Che tuvo como consecuencia el crecimiento explosivo de la organización entre 1968 y 1969²⁷.

Una vez presentada la organización, podemos volver al interrogante que dirige este apartado: para Carl Schmitt, el *total* del compromiso partisano no reconoce límites, porque nace de la oposición irregular/regular, ya que “esta es la lógica de una guerra de *justa causa* que no reconoce un *justus hostis*”²⁸. Sin embargo, las acciones de la organización y su manipulación simbólica en el marco de la propaganda armada, muestran una práctica que parece desbordar las aristas más rígidas en la cuatripartita teoría del partisano. Según la cobertura de *C & R*:

"El 15 de mayo, un grupo armado identificado como un destacamento del Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros), tomó por asalto la radio Sarandí de Montevideo, reclamando apoyo de pueblo

uruguayo para la lucha armada. En ninguno de ambos asaltos hubo víctimas. Fueron ejecutados con toda limpieza y con gran respeto por las personas que estaban a cargo de las plantas de las radioemisoras. Ambas acciones revolucionarias revelaron, además, un perfecto conocimiento técnico para interrumpir las transmisiones normales y lanzar al aire las respectivas proclamas”²⁹

El carácter incruento de las acciones, la capacidad de la fuerza desplegada y el conocimiento técnico se articulan en el mismo enunciado como sinónimos, que se agregan en forma equivalente para explicar la eficacia del operativo. Algo más abajo se reproduce el fragmento de una “Carta abierta de los Tupamaros a la policía”, que aparece en el periódico *Época* a raíz de un tiroteo entre un comando guerrillero y dos policías, en el cual resulta herido un uniformado:

“...No somos delincuentes comunes porque nuestra lucha no es contra los agentes policiales (...) es contra quienes utilizan las instituciones armadas y a quienes las integran para reprimir al pueblo y sustentar sus privilegios. El mismo pueblo que conforma y paga dichas instituciones. Contra ellos sí apuntan sin vacilaciones las miras de nuestras armas y apuntarán también contra quienes asuman su defensa, consciente o inconscientemente. Hemos iniciado una lucha en la que nos va la vida. Lucha que se detendrá sólo con la victoria o la muerte”³⁰

Aunque el Estado los coloca al margen del “derecho, la ley y el honor”, los Tupamaros resisten su nominación como *irregulares*. Buscan el reconocimiento como fuerza política legítima, a través de acciones militares “limpias” sin efusión de sangre, aún si incluimos las muertes producidas en enfrentamientos o los asesinatos selectivos cuando se agudiza la represión, como ocurrió en 1970 con Dan Mitrión³¹. De aquel deseo de regularidad previsto por Carl Schmitt en su obra (la guerrilla que busca convertirse en ejército popular y combatir de igual a igual con las fuerzas armadas regulares) no se deduce que los partisanos estén predestinados a caer en una espiral de enfrentamiento sin reglas o en el terrorismo (violencia indiscriminada empleada para atemorizar una población a escala masiva, como medio para lograr objetivos políticos). Paradójicamente, fue la ceguera de contemplar en los militares uruguayos un *justus hostis* (identificándose con el enemigo, como si compartieran un código de “caballería espiritual” medieval) una de las razones que determinaron la desaparición de Tupamaros como organización político-militar, hacia 1973. El compromiso político *total*, en consecuencia, no tiene porque devenir en una *guerra total* y menos en aún en un *Estado total*, la fatal deducción lógica que liga el pensamiento schmittiano con el fenómeno totalitario.

c) Movilidad y dimensión telúrica

Para terminar con nuestra exposición, veremos en que medida las guerrillas de Uruguay y Brasil integran y a la vez subvierten con la guerrilla urbana aquella subjetividad “partisana” que diseñara Carl Schmitt en 1962. La idea de movilidad como sinónimo de supervivencia y trabajo político para la guerrilla, aparece en el reportaje a Carlos Marighella, que analiza experiencias previas de lucha armada en el número 21 de *C & R*:

*"No había una total identificación con los campesinos de la región, ya que los guerrilleros vivían aislados de la masa rural, permanecían inactivos y bajaban de la sierra sólo de vez en cuando para buscar alimentos, por lo general conservas enlatadas (...) Los guerrilleros procedían del área urbana. Además de eso, permanecieron acampados durante un período demasiado largo, cuando se sabe que por lo menos en el Brasil, la guerrilla jamás debe basarse en el simple hecho de acampar, sino que, por el contrario, sólo podría tener éxito si se mantiene en movimiento constante, siempre con tareas a ejecutar. Una guerrilla inmóvil significa la muerte"*³²

Ahora bien, el desarrollo sostenido de los Tupamaros en Uruguay modifica sustancialmente la noción de territorialidad incluida en el paradigma de Carl Schmitt. El *nomos* de la tierra tiene que ver con una representación espacial (geopolítica) de su pensamiento social, filosófico y jurídico más allá del formalismo, donde se entiende “La toma de tierra como acto constitutivo del Derecho de Gentes”, y a la vez como división política entre la tierra firme (susceptible de ser controlada por un Estado territorial) y el “mar libre”. Si el mar fue históricamente el espacio vital de los piratas y un no-lugar de la política, la tierra por el contrario es la patria del partisano, que según Schmitt comienza a moverse y se transforma en un militante político para defender un pedazo de tierra, descripción que se ajusta con precisión a la guerrilla rural. En Uruguay, en cambio, el anonimato de la ciudad reemplaza a la sierra o la selva:

*"Un oficial de Inteligencia y Enlace pareció mostrarse más realista en una reciente conversación privada con algunos cronistas vinculados a la jefatura: Probablemente todos nosotros conocemos a algún Tupamaro -dijo-; lo que ocurre es que no sabemos que lo es. Lo que juega en última instancia es justamente el apoyo de la población, de esa gente normal, pacífica, insospechable. El agua donde se mueve el pez del MLN".*³³

Para el guerrillero tupamaro clandestino, o el simpatizante periférico de superficie, la mejor máscara era su propio rostro: el cultivo de maneras tranquilas, la discreción en el lenguaje. Al contrario de Brasil, las zonas rurales en Uruguay no ofrecían protección alguna, salvo las precarias “tatuceras”. Por lo tanto, no se niega la posibilidad de formar una guerrilla rural *a posteriori*, pero en el horizonte de la

organización esta debía servir como soporte de la lucha en las ciudades. ¿Qué variable determina esta elección? Precisamente aquella que negaba en el esquema de Carl Schmitt la dimensión telúrica del partisano, aquel “quinto elemento” moderno y modernizante capaz de erosionar su tipo ideal, apoyado históricamente en el *nomos* de la tierra: el saber técnico. En los textos del MLN-T -de modo semejante a lo que ocurre en las páginas de C & R, y por extensión al discurso de las guerrillas latinoamericanas- la primacía de la técnica es una marca distintiva que refleja la devaluación de la teoría revolucionaria y del partido de vanguardia, entendidos respectivamente como procedimiento y lugar de la verdad en la tradición marxista-leninista³⁴. Si para Schmitt el partisano “*deforma su naturaleza cuando se apropia de una ideología de agresividad absoluta y tecnificada o anhela una revolución mundial*”, Tupamaros necesita huir del elemento telúrico porque no tiene ningún lugar donde esconderse, en un país donde el 70 % de la población vivía en conglomerados urbanos, y de ese porcentaje casi la mitad había fijado su residencia en Montevideo. Si a nivel geográfico los edificios, las calles y la misma multitud amontonada e indiferente que recorre la gran ciudad van a ser el agua donde se mueva el pez de la guerrilla urbana, la tecnología guerrillera va a reemplazar el lugar de la verdad que antes ocupaba la teoría revolucionaria. Como señala C & R:

*"La experiencia acumulada en Uruguay y Brasil señala, sin dudas, que las normas de seguridad constituyen la garantía y la vida tanto de los militantes como de la organización. La actividad revolucionaria se eleva de categoría. **De un juego intelectual pasan a ser una actividad concreta** en que la muerte del revolucionario y de la organización acecha a la espera de cualquier oportunidad. En algún sentido, **la pasión revolucionaria que late en nuestro Continente ha entrado en una obligada etapa de tecnificación**. Y ello corresponde a una cruda realidad: a la alta calidad técnica que, a su vez, han logrado los cuerpos represivos adiestrados por la CIA norteamericana que es, en definitiva, el verdadero enemigo que se tiene al frente"*³⁵ (el subrayado es mío).

La teoría es reducida a un “juego intelectual”, mientras que la mención de la “actividad concreta” inviste a la frase de un halo semántico, que paradójicamente encubre su contrario: tal como observara Adolfo Gilly para caracterizar la obra de Debray, aquí también desaparece “lo concreto como síntesis de múltiples determinaciones”³⁶. La obsesión por la experiencia como contrapunto de la teoría revolucionaria abstracta, es en realidad un señuelo retórico que sirve para legitimar el empirismo de la técnica y la estética de la acción característicos de la propaganda armada.

¿Cuáles eran las coordenadas históricas y contextuales de la cultura política sobre la que dispara el pasaje citado? En la experiencia del Coordinador previa a la conformación del MLN-T, se daban acalorados debates sobre el método para la toma del poder, la organización y formas de lucha que debía

asumir aquella formación multipartidaria, discusión que terminó desgastando el proceso de convergencia entre organizaciones de la izquierda revolucionaria uruguaya. Así los disidentes del PS, del MAC o del MIR que se convirtieron en *tupamaros* (y varias organizaciones armadas de América Latina), hicieron suya la frase de Raúl Sendic que sentenciaba “los hechos nos unen, las palabras nos separan”. ¿Esto quiere decir que el MLN-T renegaba de la formación teórica? Por el contrario, en esa adquisición de saber técnico se incluía el análisis de coyuntura o la investigación histórica: es sabido que la elección de Montevideo y otras ciudades como principal teatro de operaciones de la guerrilla, tuvo como paso previo el estudio de experiencias revolucionarias en la historia reciente del siglo XX, como las de Rusia, China o Argelia. *Los condenados de la tierra* en el caso de C & R, o *Rebelión en Tierra Santa* de Menahem Begin (el MLN-T quería emular las tácticas de resistencia armada israelí contra la ocupación colonial británica), eran algunos de los títulos más leídos por los militantes de estas organizaciones a uno y otro lado del Río de la Plata³⁷.

En síntesis, si tanto en Brasil como en Uruguay el elemento técnico subordinó la elección del teatro de operaciones, las lecturas y los procedimientos de seguridad en general, vemos como la lucha armada en las ciudades modificó sensiblemente la subjetividad guerrillera: aunque esta tendencia se encuentra prefigurada por lo menos desde el *Che Guevara* y su *Guerra de guerrillas*, el efecto de sentido generado por el texto de C & R es nuevamente el de emanciparse de la rigidez local del elemento telúrico para entregarse al fetichismo de la técnica: de la territorialidad de la guerrilla rural pasamos al no-lugar de la guerrilla urbana, que apelaba al mito de Artigas o de los *quilombos* para volver a echar raíces. No es casual entonces que este tipo de organizaciones remarcaran sus orígenes nacionales y populares, resistiendo su vinculación con el “Otro” comunista internacional.

3. Observaciones finales.

“¿Es necesario repetir que estamos en tiempos de guerra? El combate liberador se libra en todos los frentes, en todas las naciones, en toda la humanidad (...) Nuestro deber como cristianos y revolucionarios es asumir nuestro compromiso total con esta lucha de liberación (...) ¡Porque ya llega el día de la matanza!”

Juan García Elorrio, Prefacio a la *Teología del Tercer Mundo* (1969).

Para empezar, vamos a intentar realizar un ajuste de cuentas con el pensamiento de Carl Schmitt, habiendo reflexionado sobre el fenómeno de la ideología guerrillera a la luz de sus categorías. La red conceptual cuatripartita que sostiene la teoría del partisano (irregularidad, movilidad, compromiso político y carácter telúrico) puede ubicarse en el género de una filosofía política que intenta escapar del

formalismo legal que caracteriza al Estado de derecho. Sin embargo, la preocupación por la dislocación de la soberanía que abre el ciclo de guerras y revoluciones en la modernidad, lo lleva al mismo tiempo a depositar el principio de autoridad estatal en algún postulado metafísico. El fundamento que define la naturaleza soberana de un Estado es, en última instancia, su capacidad de *decisión* para instaurar el estado de excepción, una idea-fuerza que le permite escapar de la soberanía popular, como fuente inmanente del poder estatal en el derecho natural³⁸. De allí se derivan sus apreciaciones sobre la política, la guerra, la legalidad y la legitimidad, pero esta constatación del vacío de la formalidad legal no conduce en la teoría del partisano a afirmar la irregularidad (las nuevas reglas que impone la guerrilla al conflicto bélico) como condición de lo regular (los tratados internacionales, la jurisprudencia formal, el ejército de línea, en síntesis, el aparato estatal). Simplemente se constata una tensión, que no es otra cosa que la expresión concreta de la contradicción teórica entre legalidad y legitimidad. Dado que Schmitt piensa en última instancia a lo político “desde arriba” (desde la utopía antimoderna del principio de autoridad, como clave de la soberanía estatal), una mirada “desde abajo” podría desarmar la tensión entre regularidad e irregularidad que constituye el fondo de la teoría del partisano. Es lo que ocurre con la lectura que hace Zizek del *decisionismo*:

*"La paradoja básica de la posición de Schmitt reside en que en su polémica contra el formalismo liberal-democrático queda inexorablemente enredado en la trampa formalista. Schmitt cuestiona el fundamento utilitario-ilustrado de la política (un conjunto presupuesto de normas neutrales-universales o reglas estratégicas que deben regular el interjuego de los intereses individuales, sea como un normativismo legal á la Kelsen, o como un utilitarismo económico). No es posible pasar directamente desde un orden normativo puro a la vida social real: el mediador necesario es un acto de voluntad, una decisión solo basada en sí misma, que impone un cierto orden o hermenéutica legal (interpretación de las reglas abstractas). Cualquier orden normativo, tomado en sí mismo, queda pegado al formalismo abstracto; no puede salvar la brecha que lo separa de la vida real. No obstante (y este es el núcleo de la argumentación de Schmitt), la decisión que cruza la brecha no impone un cierto orden concreto, sino primordialmente el principio del orden como tal (...) Este es el rasgo principal del conservadurismo moderno, un rasgo que lo diferencia nítidamente de cualquier forma de tradicionalismo: el conservadurismo moderno, incluso más que el liberalismo, advierte y asume la disolución del conjunto tradicional de valores y autoridades; ya no hay ningún contenido positivo que pueda presuponerse como marco de referencia aceptado universalmente (Hobbes fue el primero en postular explícitamente esta distinción entre el principio del orden y cualquier orden concreto). La paradoja reside en que el único modo de oponerse al formalismo normativo legal es recaer en el formalismo decisionista. Dentro del horizonte de la modernidad, no hay modo de sustraerse al formalismo"*³⁹

Este sin sentido de la formalidad legal merodea permanentemente la obra de Schmitt, pero en última instancia sostener el binomio regular/irregular lo constriñe a los límites formalistas de la filosofía del

derecho, amen de su capacidad para abrir el campo de la filosofía política a un enfoque sociológico e historiográfico. Para terminar, vamos a intentar responder la pregunta esgrimida en el comienzo ¿Qué papel tiene el uso recurrente del conflicto bélico en el discurso de C & R, cuando se refiere a situaciones tan heterogéneas como Brasil, Chile y Uruguay? La guerra aparece como un elemento que intenta ser verbalizado, integrado al proceso de comunicación. Pero lejos de ser un tropiezo de la lengua, un *lapsus* o un tabú que encubre un trauma histórico, por el contrario desnuda un goce, un plus-de-sentido que podría ser la puesta en escena de una *fantasía*, es decir, un mecanismo que activa los componentes *imaginarios* (inconscientes o “para-ideológicos”, más allá de los elementos formales, racionales e incorporados a la trama simbólica) de la ideología que estructura la realidad y la experiencia de los sujetos. ¿Cuál es el objeto sublime de ese deseo? Lo más sencillo, a modo de conjetura, sería pensar en la Revolución, pero la guerra es la fantasía que estructura ese *deseo revolucionario*, estableciendo las coordenadas de la realidad y su criterio de verdad (de allí la insistencia en el discurso de C & R sobre la legitimidad *a priori* de la “guerra revolucionaria”)⁴⁰.

La fantasía de la guerra tiene su correlato más velado en una falta, una carencia; lo que en psicoanálisis se denomina “complejo de castración”: si la dictadura en Brasil o el gobierno constitucional en Uruguay libran una guerra no declarada contra la sociedad civil, pero al mismo tiempo la mayor parte del pueblo no experimenta su situación personal y colectiva como si estuvieran viviendo una guerra, la hipérbole fetichista, tecnológica y heroica del conflicto bélico en C & R es, con toda su verborragia, la exhibición paradójica de una gran impotencia política. La desventaja de la guerrilla frente al gobierno y las fuerzas armadas puede disimularse con una demostración de fuerza excesiva, solo posible en el reino de las metáforas: la guerra *debe ser* como necesidad de la evolución histórica y símbolo, pero aún no lo es a nivel empírico. El vacío que denota esa fractura o hiato se origina porque en el nivel “real” (empírico, sensible), no había guerra.

A lo largo de nuestro trabajo comprobamos la existencia de una tensión entre la guerra que aparece al final del horizonte histórico (la guerra de guerrillas desencadena la guerra revolucionaria como conflagración general), pero al mismo tiempo, la guerra como símbolo y metáfora es constitutiva, excesiva: establece un *plus*, una sobredosis de identidad política revolucionaria que se coloca más allá de la evidencia sensorial. Esto no significa que la fantasía sea equivalente a una pura ilusión que tiene el objetivo de ocultar la “realidad”, ya que la fantasía siempre se nutre de elementos concretos para ser verosímil. La superposición de artículos sobre la guerra de Vietnam, la resistencia armada de Al-Fatah en Palestina, o la lucha guerrillera en América Latina, cumple esta función de legitimar la fantasía con objetos sensibles, con experiencias. A escala socio-simbólica, la guerra como fantasía permite fijar el

antagonismo de modo transparente (la “guerra total” identifica amigos y enemigos, en términos schmittianos). En otras palabras, *objetivamente* la fetichización bélica del conflicto social cubría el hiato que existía entre una creciente conflictividad social, por un lado, y el perfeccionamiento del aparato represivo militar, por el otro. *Subjetivamente*, estructuraba la realidad social que experimentaba el militante, y lo preparaba “espiritualmente” para resistir una mayor represión, que finalmente sellaría el destino trágico de la mayor parte de las guerrillas en América Latina.

Bibliografía:

BIANCHI, Álvaro (2001), “Del PCB al PT: continuidades y rupturas en la izquierda brasileña”, en *Marxismo Vivo* 4, www.marxismovivo.org/alvaro4esp.htm

CALVEIRO, Pilar, (2005) “Antiguos y nuevos sentidos de la política y la violencia”, en revista *Lucha Armada en la Argentina*, n. 4, pp. 14-15.

CLAUSEWITZ, Carl von (2005). *De la guerra*, Buenos Aires, Agebe.

DEBRAY, Régis, (2004) “¿Revolución en la revolución?”, en revista *Lucha Armada en la Argentina*, n. 1, pp. 125-130.

DUNKERLEY, James, (2003), *Revolución en las venas. La lucha política en Bolivia 1952-1982*. La Paz, Plural.

FANON, Franz (1971), *Los condenados de la tierra*, México, FCE.

GILLY, Adolfo (1986) “Régis Debray y la guerrilla de las galaxias”, en *La senda de la guerrilla*. México, Nueva Imagen.

GUEVARA, Ernesto, “Cuba ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha contra el colonialismo?”, <http://www.patriagrande.net/cuba/ernesto.che.guevara/index.htm>
-*Guerra de guerrillas* (2006)., Rosario, Último recurso.

IZAGUIRRE Inés (2002), “Pensar la crisis Tres décadas de poder y violencia en la Argentina”. Ponencia presentada en las Quintas Jornadas Nacionales / Segundas Jornadas Latinoamericanas “De la dictadura financiera a la democracia popular”. Grupo de Trabajo “Hacer la Historia”, Facultad de Humanidades y Artes – UNR, Rosario.

LAZARO FUENTES, Juan Manuel, “Dan Mitrione: ¿héroe o torturador?”, en www.uruguayosenitalia.org/LASEMANA/sextaedicion/mitrione.htm

MARTINEZ, Virginia, “Vida y muerte de Iara Iavelberg”, en www.rodalu.net/perfiles/perfil64.html

MONIZ BANDEIRA (2008), Luiz Alberto (2008), *De Martí a Fidel. La Revolución Cubana y América Latina*, Buenos Aires-México, Norma.

MORELLO, GUSTAVO (2003), *Cristianismo y Revolución. Los orígenes intelectuales de la guerrilla argentina.*, Córdoba, EDUCC, pp. 144-145.

NUÑEZ FLORENCIO, Rafael (1983), *El terrorismo anarquista*, Madrid, Siglo XXI, pp. 15-16.

REY TRISTAN, Eduardo (2005), *La izquierda revolucionaria uruguaya, 1955-1973*, España, Universidad de Sevilla.

RIVERA CUSICANQUI, Silvia, “Apuntes para una historia de las luchas campesinas en Bolivia (1900-1978)” en GONZALEZ CASANOVA, Pablo (coord.) *Historia política de los campesinos latinoamericanos*, México, S. XXI, 1985, Vol.3.

RODRIGUEZ OSTRIA, Gustavo, *Teoponte. Sin tiempo para las palabras. Teoponte. La otra guerrilla guevarista en Bolivia*. La Paz, Grupo Editorial Quipus, 2006.

-“Teoponte: la otra guerrilla guevarista en Bolivia” (2005), en revista *Lucha Armada en la Argentina*, n., 2 pp. 88-97.

SANCHEZ, Gonzalo, “Guerra, memoria e historia”(2004), en AAVV, *Memoria en conflicto. Aspectos de la violencia política contemporánea*, Perú, Instituto Francés de Estudios Andinos, Instituto de Estudios Peruanos.

SCHMITT, Carl, “El concepto de ‘lo político’. Teoría del partisano, Notas complementarias al concepto de ‘lo político’”, Bs. As., Folio, 1984.

-*El concepto de ‘lo político’*, Argentina, Ultimo Recurso, 2004.

-*Carl Schmitt. Teólogo de la política*, México, FCE, 2001.

TSE TUNG, Mao, *Problemas de la guerra y de la estrategia* (1938), Parte IV, pp. 235-237 en www.marxists.org/espanol/mao/PSGW38s.html

ZIZEK, Slavoj, *El sublime objeto de la ideología*, Bs. As., Siglo XXI, 2005, pp. 138-143.

-*El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política*. Bs. As., Paidós, 2007.

- *A propósito de Lenin*, Atuel, 2006, pp. 100-102.

Fuentes primarias:

Entrevista a Marita Foix, realizada por el autor. Programa de Historia Oral, Instituto de Antropología, FFyL (UBA).

Fuentes secundarias. *Cristianismo y Revolución* (edición digitalizada). CEDINCI, 2003.

Notas bibliográficas:

¹ Para el concepto de “nueva izquierda” como un grupo de organizaciones políticas al margen de la izquierda tradicional, v. HILB, Claudia y LUTZKY, Daniel, *La nueva izquierda argentina*, CEAL, 1984. Si nos desplazamos al presente, en Argentina la mera enunciación de la palabra guerra para analizar la historia reciente todavía produce un amplio debate. La socióloga argentina Inés Izaguirre narra expresivamente el shock producido cuando empleó el término “guerra” como herramienta teórica en un ámbito público: “*Cuando hace tan sólo 8 años planteé en una reunión académica que el proceso de aniquilamiento habido en Argentina formaba parte del genocidio que sucede a una guerra perdida (Izaguirre, 1995) no local ni nacional, sino de clases, una guerra civil entre dos fuerzas sociales, una de las cuales estaba constituida por una parte de la sociedad movilizadora que luchaba por cambiar el orden social, confronté con gran parte del público: unos porque afirmaban que lo que había ocurrido en Argentina era una matanza que de un lado tenía a las FFAA legales y no legales y del otro a simples ciudadanos aterrados, que lo que había habido era una cacería y no una guerra; otros porque decían que lo que había habido era una guerra pero no civil, ni de clases, sino de aparatos armados –teoría de los dos demonios- y finalmente, muchos de los miembros de los organismos de derechos humanos decían que la teoría de la guerra estaba sustentada por los militares, y ellos, por razones políticas, no podían hacer lo mismo. Único argumento que pude llegar a admitir*”, en IZAGUIRRE, Inés “*Pensar la crisis Tres décadas de poder y violencia en la Argentina*”, V Jornadas Nacionales / II Jornadas Latinoamericanas “De la dictadura financiera a la democracia popular”. Grupo de Trabajo “Hacer la Historia”, Facultad de Humanidades y Artes – UNR, 2002, pág. 12. ¿Que ocurre en el conjunto de América Latina? En Colombia o en América Central, el trauma de la guerra tiene raíces más palpables. En Guatemala, por ejemplo, hablar de genocidio no puede separarse de concebir la masacre como resultado de una auténtica guerra civil que compromete a la mayor parte de la población. El caso colombiano es parecido, pero contiene elementos que contrastan con las historias particulares de los demás países americanos. Para el historiador Gonzalo Sánchez: “*En Colombia, donde ‘el pasado no pasa’, porque la guerra no termina, la apelación a la memoria es mucho más ambigua que en estas historias ya consumadas, puesto que puede cumplir una función liberadora, pero puede también producir efectos paralizantes sobre el presente (...) la administración de la memoria está asociada de manera determinante*

con la experiencia social y cultural de la guerra (...) en ningún otro país de América Latina, el tema de las huellas de la guerra tiene tanta vigencia y condiciona tanto las percepciones políticas como en la Colombia de hoy”, v. SANCHEZ, Gonzalo, “Guerra, memoria e historia”, en AAVV, *Memoria en conflicto. Aspectos de la violencia política contemporánea*, Instituto Francés de Estudios Andinos, Instituto de Estudios Peruanos, Perú, 2004.

² SCHMITT, Carl, *El concepto de 'lo político'*. Último Recurso, Argentina, 2004. Consideramos que el pensamiento schmittiano es conservador antes que reaccionario, en la medida que si bien es claro su ataque a la Ilustración, su filosofía no posee elementos románticos sino más bien pesimistas, como una constatación fatalista del avance de la técnica y los valores modernos que erosionan el principio de autoridad tradicional. Para Giacomo Marramao, “*Del mismo modo que, para Nietzsche, esta irremisiblemente muerto el Dios que preside ociosamente el orden inmutable del mundo, para Schmitt el estado de derecho está muerto porque ha perdido el monopolio de lo político*”, citado por José Arico en SCHMITT, Carl, *op. cit.*, p. XVI.

³ SCHMITT, Carl, *op. cit.*, pp. 15, 17

⁴ SCHMITT, Carl, *op. cit.*, pp. 19-21.

⁵ ZIZEK, Slavoj, *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política*. Paidós, 2007, pp. 127-130, 185.

⁶ El MNR se apoyó en el ejército boliviano, el capital norteamericano y la CIA para recuperar el monopolio estatal del poder político y la violencia legítima. Sin embargo, la virtual situación de empate en el cogobierno con el movimiento obrero se rompió con el golpe militar del general Rene Barrientos, producido hacia 1964. Barrientos promovió el “pacto militar-campesino”, logrando cooptar a varios sectores del campesinado indígena. Esta estrategia le permitió aislar a los mineros, silenciados por una dura represión que incluyó bombardeos a las zonas de autodefensa minera en las montañas, y matanzas similares a las producidas antes de 1952, v. DUNKERLEY, James, *Revolución en las venas. La lucha política en Bolivia 1952-1982*. La Paz, Plural, 2003 y RIVERA CUSICANQUI, Silvia, “Apuntes para una historia de las luchas campesinas en Bolivia (1900-1978)” en GONZALEZ CASANOVA, Pablo (coord.), *Historia política de los campesinos latinoamericanos*, México, S. XXI, 1985, Vol.3, pp. 146 a 207.

⁷ RODRIGUEZ OSTRIA, Gustavo, *Teoponte. Sin tiempo para las palabras. Teoponte. La otra guerrilla guevarista en Bolivia*. Grupo Editorial Quipus, 2006. Los sobrevivientes del ELN formarán en 1974 la Junta Coordinadora Revolucionaria con miembros del PRT-ERP de Argentina, el MLN Tupamaros de Uruguay, y el MIR chileno. En 1975 el ELN finalmente se disolvería, como resultado de la secesión del grupo que va a formar la sección boliviana del PRT.

⁸ La cita entre comillas es de RODRIGUEZ OSTRIA, *op. cit.*, pág. 4. En el artículo Cuba ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha contra el colonialismo? (9/04/61), el Che sostiene que “Las condiciones objetivas para la lucha están dadas por el hambre del pueblo, la reacción frente a esa hambre, el temor desatado para aplastar la reacción popular y la ola de odio que la represión crea. Faltaron en América condiciones subjetivas de las cuales la más importante es la conciencia de la posibilidad de la victoria por la vía violenta frente a los poderes imperiales y sus aliados internos. Esas condiciones se crean mediante la lucha armada que va haciendo más clara la necesidad del cambio (y permite preverlo) y de la derrota del ejército por las fuerzas populares y su posterior aniquilamiento (como condición imprescindible a toda revolución verdadera)”. V. <http://www.patriagrande.net/cuba/ernesto.che.guevara/index.htm>

⁹ C & R n. 5 (noviembre de 1967), pág. 38-39.

¹⁰ RODRIGUEZ OSTRIA, *op. cit.*, pág. 163-179. También Adolfo Gilly analiza el vocabulario militar de las guerrillas como sustituto del programa y del análisis social, v. GILLY, ADOLFO, “Régis Debray y la guerrilla de las galaxias”, artículo compilado en *La senda de la guerrilla*. México, Nueva Imagen, 1986, pp. 177-193.

¹¹ La opción por las armas cobra vigencia cuando la dictadura margina al MNR, a la COB y a los partidos de izquierda en general. Si la hegemonía se basa en el pacto militar-campesino, la clase obrera y las capas medias urbanas no van a tener ni voz ni voto en el campo político nacional.

¹² C & R n. 9 (setiembre de 1968), pág. 22.

¹³ DEBRAY, Régis, *¿Revolución en la revolución?* en revista *Lucha Armada en la Argentina*, n. 1 (2005), pp. 125-130, pp. 136-144.

¹⁴ En la tercera parte de su obra *De la guerra*, Clausewitz sentencia que “la guerra es la continuación de la política por otros medios”. Carl Schmitt invierte la célebre fórmula al afirmar que “*La guerra no es pues un fin o una meta, o tan solo el contenido de la política, sino que es su presupuesto siempre presente como posibilidad real y que determina de modo particular el pensamiento y la acción del hombre, provocando así un comportamiento político específico*”, SCHMITT, Carl, *op. cit.*, pág. 22. y VON CLAUSEWITZ, Carl, *De la guerra*, Agebe, 2005. En una lectura herética, Chato Peredo va a sostener que “*La frase de Lenin y Clausewitz la guerra es nada más que la continuación de la política por otros medios, para la mayoría de nuestros países hay que invertirla algo: la continuación de la política por otros medios es nada más que la guerra*”, v. RODRIGUEZ OSTRIA, *op. cit.*, pág. 171. La vuelta de tuerca del dirigente del ELN va en la misma dirección que la de Schmitt, pero sin considerar un elemento clave agregado por el pensador alemán: que la guerra sea el presupuesto de la política, no significa que el contenido de la política sea la guerra. Como “*última ratio* del reagrupamiento amigo-enemigo”, la guerra tiene sus propias reglas y puntos de vista, susceptibles de constituir un campo específico.

¹⁵ GUEVARA, Ernesto, *Guerra de guerrillas* (1960). Último recurso, Argentina, 2006, pp. 37-39.

¹⁶ RODRIGUEZ OSTRIA, Gustavo, “Teoponte: la otra guerrilla guevarista en Bolivia”, en revista *Lucha Armada en la Argentina*, n., 2 pp. 88-97.

¹⁷ Entrevista a Marita Foix, Programa de Historia Oral, INIBI (UBA).

-
- ¹⁸ SCHMITT, Carl, *op. cit.*, pág. 125, nota 10, 127 y GUEVARA, Ernesto, *op. cit.*, pág. 14 y 72.
- ¹⁹ MARTINEZ, Virginia, “Vida y muerte de Iara Iavelberg”, en www.rodolu.net/perfiles/perfil64.html,
- ²⁰ Sobre Carlos Marighella y la ALN, v. ROT, Gabriel “Nota introductoria” en Carlos Marighella, “Minimanual del guerrillero urbano”, *Lucha Armada en Argentina* nro. 2, pág.122, y BIANCHI, Álvaro, “Del PCB al PT: continuidades y rupturas en la izquierda brasileña”, en *Marxismo Vivo* 4 (2001), www.marxismovivo.org/alvaro4esp.htm. Para la revista brasileña *Veja*, por otro lado, “...la VPR está estructurada en los mismos moldes que los Tupamaros del Uruguay”, v. *C & R* n. 21, pág. 20 (37 del original). La OLAS fue creada a partir del I Congreso Tricontinental de La Habana, y era un foro de organizaciones políticas que apoyaba a la revolución cubana, asumiendo en ocasiones su línea política o difundiendo sus realizaciones.
- ²¹ *C & R* n. 21 (noviembre de 1969), pág. 38.
- ²² *C & R* n. 21 (noviembre de 1969), pág. 38. Las partes en negrita están subrayadas en el original.
- ²³ Lo interesante aquí es que lo irregular es la condición para lo regular (aún dependiendo de reglas políticas y organizativas, la guerrilla irregular y la violencia revolucionaria son pasos necesarios en la construcción del ejército popular, y por extensión de la refundación del Estado sobre nuevas bases sociales). Esta perspectiva se apoya en la revolución cubana e invierte la experiencia china, donde la guerra regular contra el invasor japonés se convierte en guerra de guerrillas. Aunque para Mao el binomio regular-irregular en clave militar es mucho más simbiótico e interdependiente, la primacía política del Partido como se enfatiza para desacreditar las tendencias “guerrilleras”, v. TSE TUNG, Mao, *Problemas de la guerra y de la estrategia* (1938), Parte IV, pp. 235-237 en www.marxists.org/espanol/mao/PSGW38s.html
- ²⁴ REY TRISTAN, Eduardo *La izquierda revolucionaria uruguaya, 1955-1973*, Universidad de Sevilla, 2005. Entre los antecedentes de la organización también debe contarse hacia 1963 una temprana expropiación de armamento en el Club de Tiro Suizo, al calor de la protesta cañera.
- ²⁵ Siguiendo a Rodríguez Ostría, el nombre y la tradición son un denominador común del ELN y el MLN-T, como signo de la tensión entre lo viejo y lo nuevo en las organizaciones guerrilleras. Teoponte es un topónimo indígena de origen Leco que significa “lugar de flores rojas”, una forma de “nacionalizar” a la guerrilla. En el caso argentino, organizaciones como Montoneros diseñaron su genealogía eligiendo su nombre en relación a las milicias rurales que apoyaban a los caudillos federales, y el PRT-ERP se remontaba a la saga de los ejércitos libertadores de San Martín.
- ²⁶ Originalmente, la “propaganda por el hecho” fue elaborada como doctrina por Bakunin, Kropotkin y Malatesta. Si bien es diferente tanto de las proclamas insurreccionales como de los atentados individuales, hacia 1880 y 1890 se generalizó en el movimiento anarquista con una ola de atentados pensados como: “acciones violentas y espectaculares, que abrieran una grieta en las filas enemigas o que proporcionaran un triunfo a los trabajadores (...) las más de las veces mediante explosivos contra instituciones o personas”, v. NUÑEZ FLORENCIO, Rafael, *El terrorismo anarquista*, Madrid, Siglo XXI, 1983, pp. 15-16. Quizás uno de los pasajes más significativos para pensar la “traducción” de la propaganda armada en América Latina sea esta sentencia de Debray: “...la fuerza física de la policía y el ejército es tabú, y no se rompe un tabú con discursos, sino mostrando que ‘las balas les entran también a ellos’. El guerrillero, a la inversa, debe servirse de su fuerza para mostrarla”, v. DEBRAY, Régis ¿Revolución en la revolución?, en revista *Lucha Armada en la Argentina*, n. 1, p.130-132.
- ²⁷ REY TRISTAN, Eduardo, *op. cit.*, pp. 150-155, 172.
- ²⁸ Para Schmitt, si el Estado no reconoce al partisano como fuerza beligerante y lo excluye del derecho de guerra, “También el combatiente revolucionario, por otra parte, hace la misma cosa, y declara al enemigo un criminal y considera un engaño ideológico todas las convicciones del enemigo acerca del derecho, la ley y el honor (...) cuando se considera al enemigo que se combate como a un verdadero criminal, cuando la guerra, por ejemplo la guerra civil, se libra entre enemigos de clase y su objetivo primordial se convierte en la eliminación del gobierno del estado enemigo, en ese caso la explosiva eficacia revolucionaria de la criminalización del enemigo transforma al partisano en el verdadero héroe de la guerra”, en SCHMITT, Carl, *op. cit.*, pp. 135-136.
- ²⁹ *C & R* n. 21 (noviembre de 1969), pág. 33.
- ³⁰ *C & R* n. 21 (noviembre de 1969), pág. 33.
- ³¹ Dan Mitrión era un agente de la CIA reclutado por el gobierno uruguayo para desempeñarse como jefe de la Oficina de la Seguridad Pública, una dependencia policial especializada en técnicas de interrogatorio bajo tortura, usando como conejillos de indias a “bichicomes” (mendigos) de Montevideo. Cuando tenía 150 detenidos y torturaba en el sótano de su propia casa de la capital, fue secuestrado y asesinado por un comando Tupataro, v. LAZARO FUENTES, Juan Manuel “Dan Mitrión: ¿héroe o torturador?”, en www.uruguayosenitalia.org/LASEMANA/sextaedicion/mitrión.htm.
- ³² *C & R* n. 21 (noviembre de 1969), pág. 36.
- ³³ *C & R* n. 21 (noviembre de 1969), pág. 36. Una cartilla atribuida al MLN-T sostenía en el cuarto punto “Recuerde que sus peores enemigos serán la jactancia, la falta de discreción y la falta de disciplina, el exceso de charlas. No pregunte, no cuente, no permita que le cuenten”. *C & R* 21, (noviembre de 1969), pág. 33.
- ³⁴ Si bien en el documento de 1971 *Foco o Partido, falso dilema* el MLN-T no niega que *teóricamente* un partido revolucionario pueda instalar el foco guerrillero, lo que se discute es que la prioridad de la izquierda revolucionaria sea la construcción del partido primero, para iniciar la lucha armada en un futuro indefinido. El argumento legítima en la práctica la devaluación del partido de vanguardia como organización revolucionaria, v. REY TRISTAN, Eduardo, *op. cit.* pág. 138.
- ³⁵ *C & R* 21 (noviembre de 1969), pág. 19 (35 del original). En el número 23 de *C & R* publicado en abril de 1970, pág. 44, otra nota sobre Tupamaros repite la misma idea: “Durante 1969, los enfrentamientos entre estudiantes y policías que se dieron en

1968, no se reeditaron. *‘Hay que tecnificarse’, decía un joven estudiante de secundaria (no es raro encontrar un joven militante, que sepa fabricar una bomba, un dispositivo para lanzar volantes, o un mimeógrafo) y continuaba: ...también disciplinarse. La lucha es ahora a otro nivel’* (...) La juventud que había salido a la calle espontáneamente a enfrentar la represión, postulando cambios que terminarían con la corrupción política, con los negociados realizados en perjuicio del país, por parte de los que se hallan en el poder, con las injusticias sociales, etc., se habían acercado a los planteos del M.L.N., sobre la importancia de lo técnico: *‘La lucha armada –dice el M.L.N.- es un hecho técnico que requiere, pues, conocimientos técnicos, entrenamiento, práctica, materiales y psicología de combatiente’* (el subrayado es mío).

³⁶ A. Gilly, *op. cit.*, pág. 181.

³⁷ Rey Tristán, *op.cit.*, pág. 140. El hecho de que revisaran estas obras no significa presuponer que leían mucho, ya que la ideología guerrillera se caracterizaba por el antiintelectualismo, la otra cara de la moneda de la filosofía vitalista proclive a la acción directa. Es de recordar la anécdota que se narra de la entrevista entre Arturo Frondizi y Ernesto Guevara, donde el primero le preguntó si había estudiado mucho el marxismo, ante lo cual el *Che* confesó humildemente: *“No. Tengo lecturas de marxismo, pero nunca he hecho un estudio en profundidad sobre el tema”*, v. MONIZ BANDEIRA, Luiz Alberto, *De Martí a Fidel. La Revolución Cubana y América Latina*, Norma, Buenos Aires-México, 2008, pág. 287.

³⁸ V. “Teología política I” (1922) en SCHMITT, Carl, *Teólogo de la política*, FCE, México, 2001, pp. 24- 25.

³⁹ ZIZEK, Slavoj, El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política, loc. cit., pp. 127-128.

⁴⁰ Pilar Calveiro afirma sobre el período estudiado que *“si la palabra clave en el escenario internacional fue la guerra, la palabra clave de la política latinoamericana fue revolución”*), v. CALVEIRO, Pilar, “Antiguos y nuevos sentidos de la política y la violencia”, en revista *Lucha Armada en la Argentina*, n. 4 (2005), pág. 9.